



© Mariano Martín Rodríguez, © Javier Pacios, © Bruno Salgado,  
© Derechohabientes de Joan Baptista Xuriguera

# Leyendas del antiguo Occidente: Fantasías legendarias paganas de Hispania inventadas en la época de los nacionalismos

*Introducción de Mariano Martín Rodríguez*

En la primera mitad del siglo XIX, el conocimiento de la existencia de civilizaciones antiguas distintas a las ya notorias clásicas y bíblicas inspiró narraciones especulativas en que las costumbres, creencias y política de aquellas civilizaciones se fundaban aparentemente en hipótesis arqueológicas contemporáneas. Sin embargo, además de ser estas últimas especulativas por sí mismas al principio, los escritores se tomaron tales libertades con tales hipótesis que sus ficciones parecen en gran parte subcrear mundos inventados, incluso cuando se

refieren a poblaciones antiguas europeas, como en *Tableau slave du cinquième siècle* [Cuadro eslavo del siglo V] (1824), de la autora rusa francófona Zénéide Volkonsky (Зинаида Александровна Волконская, 1792-1862). El desciframiento de sistemas antiguos de escritura y la lectura e interpretación de los documentos escritos en las lenguas así descifradas, y la expansión de una arqueología de los objetos reacia a las hipótesis más o menos fantásticas y literarias sobre las culturas descubiertas hicieron que tal clase de fantasías

arqueológicas ficticias se fueran volviendo raras, especialmente tras el éxito de crítica y público en la segunda mitad del siglo XIX de novelas como *Salammô* [*Salambô*] (1862), de Gustave Flaubert, que introdujo el realismo en la escritura del género arqueohistórico, por la misma época en que profesores-novelistas alemanes como Georg Moritz Ebers (1837-1898) adoptaron planteamientos positivistas en aquel mismo género. El grado de especulación se redujo así considerablemente en las narraciones ambientadas en la antigüedad, incluso en aquella no atestiguada por documentos propios, pero sí por otros de civilizaciones históricas vecinas escritos, por ejemplo, en griego o latín, como es el caso de los pueblos del llamado *Barbaricum*, desde los púnicos flaubertianos al sur del Mediterráneo hasta los germanos y eslavos de la Europa no mediterránea.

Este alejamiento de lo especulativo no alcanzó en la misma medida a aquellas narraciones, sobre todo breves, que utilizaron aquel pasado protohistórico para producir leyendas nuevas, siguiendo el modelo de aquellas escritas como versiones modernas de materias míticas y legendarias paganas patrimoniales europeas distintas de las grecolatinas. Aquellas materias no clásicas podían tener un origen medieval, tales como los textos épicos y míticos de la antigua Irlanda céltica, de la Islandia germánica y de la Bohemia eslava, o ser mucho más modernas, como la tradición oral finesa revelada por Elias Lönnrot (1802-1884) en su *Kalevala* [*Kalevala*] (1835/1849) o el breve poema vasco anónimo del siglo XVI que originó la llamada materia de Cantabria, cultivada en forma de leyendas en prosa y verso por autores nacionalistas vascos como

Juan Venancio de Araquistáin (1828-1906) y Vicente de Arana (1846-1890). A estas leyendas patrimoniales se sumaron pronto otras inventadas individualmente por escritores deseosos de enaltecer a su pueblo mediante la difusión de la idea de su origen lejanísimo, protohistórico inclusive, sin los límites previos que podía fijar a su imaginación el empleo de historias ya conocidas y a menudo creadas mucho antes de que se fuera imponiendo, a partir del Romanticismo, la concepción herderiana de nacionalidad étnica<sup>1</sup>. Al tratarse de leyendas *subcreadas* por ellos mismos, podían servir mejor a su propósito extraliterario, como indica una de las más tempranas e influyentes, la del patriarca vasco inventado por el francés Augustin Chaho (1811-1858) en «Aitor» [*La leyenda de Aitor*] (1845), patriarca que aún es tenido por muchos, al menos simbólicamente, por el progenitor mítico de los vascos. Chaho fue también un temprano defensor de las teorías difusionistas que tendían a explicar la historia mediante la migración de sucesivas etnias en un territorio determinado, tal y como expuso él mismo en su poema en prosa profética *Paroles d'un voyant* [Palabras de un vidente] (1834). Estas teorías fueron especialmente influyentes en la península ibérica. Por ejemplo, se recogen en la historia alegórica del mundo desde el punto de vista racista, no racista, puesta en verso por el portugués Teófilo Braga (1843-1924) en «Os séculos mudos» [Los siglos mudos], sección de su personal leyenda de los siglos titulada *Miragens seculares* [Espejismos seculares] (1884), luego ampliada en la monumental *Visão dos tempos* [Visión de los tiempos] (1894-1895), así como en su «Epopéia da Lusónia» [*Epopéya de Lusonia*],

<sup>1</sup> El etnicismo de estas fantasías legendarias explica la preferencia por períodos e historias del paganismo, ya que las religiones derivadas del judaísmo (cristianismo, islamismo, mormonismo...) tienden a ser universales, a diferencia de los paganismos que, incluso en el caso del hebreo antiguo antes de la reforma rabínica, eran religiones sobre todo étnicas, como lo siguen siendo mayormente paganismos contemporáneos como el hinduismo.

supuesto resumen en prosa de un poema épico recitado en tiempos del héroe histórico e intercalado por Braga en su novela *Viriato* [Viriato] (1904).

### Migraciones legendarias

El procedimiento adoptado por Braga de atribución de una hipótesis arqueológica de carácter etnonacional(ista) como la de Lusonia (Lusitania) a una tradición oral reproducida en una obra novelística o épica que la engloba se repite con relativa frecuencia en las literaturas hispánicas peninsulares, fingiéndose así que tales hipótesis son leyendas de origen de los propios pueblos evocados. Uno de los primeros en hacerlo fue Francisco Navarro Villoslada (1818-1895) en el décimo capítulo del libro segundo de su exitosa novela *Amaya o los vascos en el siglo VIII* (1877-1878/1879). Aunque su subtítulo indica la fecha tardía en que se desarrolla la acción y la novela es claramente apologética del cristianismo, el autor imagina la pervivencia de un paganismo vasco que bebe de las elucubraciones de Chaho. Ese paganismo sigue siendo defendido por la anciana Amagoya, que goza de gran prestigio y respeto entre sus compatriotas, también porque es considerada depositaria de las tradiciones de la raza. Al menos, es ese el cometido que ella misma asume y que intenta defender mediante su transmisión en forma de poemas que recita ante su comunidad, como el de Lelo y Lecobide que había dado origen a la materia de Cantabria, y de narraciones en prosa poética como la dedicada a contar la historia del primitivo pueblo vasco y de su religión, historia legendaria que se reproduce literalmente (en traducción castellana) en la novela. Esta leyenda es supuestamente pagana, pero Navarro Villoslada, cristiano a machamartillo, introduce

numerosos elementos bíblicos. Por ejemplo, los vascos habrían tenido su origen en Ararat, lugar tan ligado al mito de Noé, a partir del cual se habrían trasladado al Cáucaso, seguramente por llamarse Iberia parte de esa región en la antigüedad. Más adelante, el patriarca Aitor, inventado por Chaho como vimos antes, los habría reunido y animado a dejar esas tierras para encaminarse hacia occidente. A su llegada a los Pirineos del lado del Atlántico, les habría dicho que poblaran ambas vertientes de aquella cordillera, donde habrían de permanecer pobres y libres, y rindiendo culto a Jaungoicoa o señor de las alturas, el dios único del paganismo vasco según el modelo bíblico que constituye la principal figura mítica en las leyendas anteriores a la invención de una nueva mitología vasca a partir de figuras folclóricas paneuropeas por José Miguel Barandiarán (1889-1891) y otros, ya en el siglo XX. La influencia judeocristiana en la imaginación legendaria de Navarro Villoslada también es patente en la espera de una figura mesiánica, Asier, que parece trasunto del Jesús de los cristianos, y también es evidente en su pintura del paraíso de vergeles en que seguiría morando Aitor, y más aún en su pintura del sitio que espera a quienes no respeten los consejos, leyes y costumbres de los mayores, un lago de fuego donde una serpiente de fuego los atormentará. Estas descripciones son los pasajes más imaginativos de la narración, que Amagoya cuenta como si fuera una muestra de historiografía oral. Esta solo adquiere cierta vivacidad poética con esas breves e intensas imágenes del más allá, un más allá pagano por no estar situado en una dimensión espiritual, sino en lugares físicos (una montaña vasca, un espacio subterráneo...). Pese a ello, cabe señalar que esta recitación de Amagoya tiene fuerza épica y contrasta muy favorablemente con la prosa de folletín de la novela entera, por lo

que no ha de extrañar que recibiera el dudoso homenaje del plagio.

Karmelo Etxegarai (Carmelo de Echegaray, 1865-1925) fue un historiador local de su tierra guipuzcoana, pero también uno de los pioneros de la narrativa en vascuence gracias a las leyendas que fue presentando en los juegos florales de Donostia/San Sebastián. Entre ellas se publicó en 1882 una sin título, pero con un epígrafe que reza «Aitor-en etorrera edo Euskal Erriaren asiera» [*La llegada de Aitor o el principio de Vasconia*] (1882). Esta leyenda no es otra cosa que la traducción no reconocida al vascuence de la leyenda recitada por Amayagoa sobre la migración de Aitor y sus hijos, con algunos pequeños cambios, entre otros la supresión de las partes más religiosas e imaginativas sobre el más allá, seguramente para que el texto se limitara a lo *histórico*. Nos podemos preguntar por qué nadie, que sepamos, se escandalizó del hecho, ni siquiera el propio Navarro Villoslada, si es que llegó a enterarse, aunque es cosa que consideramos probable en una comunidad intelectual relativamente pequeña como lo era entonces la del área vasconavarra. Una de las razones es que Etxegarai había procedido a una especie de restitución lingüística de la leyenda a la lengua en que se habría contado, según la situación de elocución descrita por Navarro Villoslada. Además, la extracción de los pasajes y su disposición seguida, sin las interrupciones novelísticas del diálogo en la novela de aquel subrayaban la autonomía del texto como ficción independiente, como leyenda que, una vez separada de su marco, adquiriría así mayor valor patrimonial, al constituirse en versión compacta

y pura de la leyenda de origen, al igual que haría, de forma más original, Ricardo Becerra de Bengoa (1845-1902) en su poema, también sobre las emigraciones de los primitivos vascos hasta su tierra actual, titulado «*Euskaldunak. – Los vascongados*» (*Romancero alabés*, 1885). Así pues, tiene cierto sentido considerar original el texto de Etxegarai, al menos desde el punto de vista semiótico y estructural, y también lo tiene darlo a conocer en esta forma en castellano, restituyendo así a esta lengua lo que Etxegarai había *restituido* en primer lugar a la suya<sup>2</sup>.

Tras Navarro Villoslada y Braga, la ficción de la recitación de leyendas épico-históricas de las migraciones de pueblos por parte de un personaje perteneciente a la misma etnia en el momento en que esta existía también plenamente, incluso en su dimensión religiosa, reapareció en dos obras muy posteriores, escritas cuando las hipótesis arqueológicas correspondientes estaban perdiendo terreno entre los especialistas. El erudito local de Béjar Juan Muñoz García (1881-1963) incluyó en su «novela arqueológica» *Fuente Santa* (1935), que trata de la resistencia de los vetones de su región ante la invasión romana, un discurso, reproducido en estilo indirecto y prosa poética, de un sabio llamado Ikatu sobre las emigraciones de los pueblos de oriente a occidente, uno de los cuales habría encontrado hogar venturoso en las planicies occidentales de la Meseta Central ibérica. Años después, esta peculiar forma de leyenda étnica y arqueológica de los orígenes encontró su culminación literaria en el marco de un poema épico de Joan Baptista Xuriguera (1908-1987) dedicado

<sup>2</sup> La traducción que sigue utiliza el texto original de la novela cuando Etxegarai se limita a traducirlo. Los pasajes correspondientes proceden de la edición siguiente: Francisco Navarra Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*, tomo I, introducción de Carlos Mata Induráin, Pamplona, Fundación Diario de Navarra, 2002, pp. 301-304. El texto añadido o modificado por Etxegarai figura en cursivas en la traducción y se basa en el de la edición siguiente: Karmelo Etxegarai, «Aitor-en etorrera edo Euskal Erriaren asiera», *Leizendak (1879-1891)*, edizio honen prestatzailea: Ana M<sup>a</sup> Toledo, Donostia, Eusko Kultur Eragintza Etor, 1990, pp. 151-154.

a *Indíbil i Mandoni* [Indíbil y Mandonio] (1955), trágicos héroes de la resistencia de los iberos de la zona de la antigua Ilerda frente a los romanos. El poema entero sigue fielmente los hechos transmitidos por las fuentes antiguas, hasta el punto de que parece una crónica bien versificada, pero también intercala dos poemas narrativos breves que un bardo habría recitado ante su auditorio ibérico. Uno de ellos, titulado «Gerió» [Gerión], es una versión antigriega del mito de su nombre, en el que el héroe Heracles figura como invasor que abusa de su fuerza y asesina injustamente al verdadero héroe, Gerión. El otro se titula «Els íbers» [*Los iberos*]<sup>3</sup> y, como escribimos en otro sitio<sup>4</sup>, «constituye una relación de su historia conjeturada, contada con sobriedad y apariencias de verosimilitud realista, con un estilo sencillo y fluido. La amplia descripción de los paisajes en que transcurrían su vida feliz los iberos en la región africana del Atlas antes de verse expulsados de allí por una sequía catastrófica es de una poesía discreta que hace agradable su lectura [...]. A continuación, el tono se hace algo más seco, cuando se trata de narrar la doble emigración de los iberos [...] hacia oriente, donde se habrían fundido con otras razas, y hacia el norte, donde se habrían instalado en las cosas del Mediterráneo, en torno al Ebro, y habrían pervivido como pueblo. Allí los encontrarían los romanos, pero parece que la victoria de estos y la romanización lingüística subsiguiente no habrían borrado el fondo étnico de los iberos». Estos seguirían siendo reconocibles hasta la actualidad, de acuerdo con la vieja idea romántica de la pervivencia de la nacionalidad ancestral como base de la nacionalidad

moderna, pese al cambio fundamental que supuso la romanización y la cristianización de los catalanes, cuya lengua parece tener, por lo demás, un origen transpirenaico. No obstante, conviene reafirmar a este respecto que Xuriguera es muy discreto a la hora de sugerir la idea de la continuidad, porque no pierde de vista la situación de elocución del poema dentro su marco histórico antiguo. «Els íbers» se presenta como una producción literaria coherente y natural a ese respecto. También cabe reconocer el valor del escritor al haberse atrevido a ofrecer su texto en su supuesta literalidad de la recitación originaria, en vez de haberse cubierto las espaldas con un simple resumen, que es lo que habían hecho Navarro Villoslada, Braga y Muñoz. No obstante, como no se conoce en absoluto la literatura ibera, cuya lengua o lenguas permanecen sin descifrar, Xuriguera no disponía de modelo alguno para la retórica de su poema y aplicó entonces la suya personal propia, que prolonga honorablemente, cerrándola, la gran tradición de épica pagana legendaria moderna en catalán que había tenido sus maestros en Jacint Verdaguer (1845-1902), para la materia de Heracles/Alcides en Hispania, y Miquel Costa i Llobera (1854-1922) para una materia tan inventada como la de «Els íbers», la de la gentil Nuredduna que salva con su vida la del joven Homero en *La deixa del geni grec* [*El legado del genio griego*] (1902; *Tradicions i fantasies* [Tradiciones y fantasías], 1903). En cambio, esta gloriosa tradición épica y legendaria en verso catalán no alcanzó un desarrollo comparable en Vasconia, tal vez por la misma limitación numérica de sus escritores, y tampoco en Galicia, pese a los

<sup>3</sup> La traducción se basa en la segunda edición del poema: Joan Baptista Xuriguera, «Els íbers», *Indíbil i Mandoni*, Barcelona, Claret, 1983, pp. 44-48. Agradecemos al señor Pau Xuriguera Solà, hijo del poeta, la amable autorización para traducir y publicar «Els íbers» en castellano.

<sup>4</sup> Mariano Martín Rodríguez, «Arqueologías especulativas y epopeyas nacionales en la península ibérica (1884-1955)», *Ínsula: Revista de Letras y Ciencias Humanas*, 911 (noviembre 2022), pp. 24-27, en la p. 27.

esfuerzos por aclimatar allí la materia céltica de Irlanda.

### Una profecía druídica

Pese a la evidente latinidad lingüística de Galicia y al hecho de que no se conoce ni una sola inscripción o documento de los antiguos galaicos prerromanos que pruebe de manera incontrovertible el carácter céltico de su lengua, historiadores gallegos nacionalistas como Benito Vicetto (1824-1878) y Manuel Murguía (1833-1923) insistieron en considerar ligados por lazos de raza a aquellos galaicos y a los gaélicos antiguos, debido sobre todo al origen en Galicia de estos últimos según una leyenda medieval irlandesa. A partir de entonces, el celtismo gallego se convirtió poco menos que en un dogma de fe nacional(ista) y la literatura de esa tendencia se hizo naturalmente eco de tan osada afirmación (proto)histórica. Ya en un período bastante tardío, Ramón Cabanillas (1876-1959) rivalizó con Verdaguier y Costa i Llobera al publicar dos epilios célticos, uno protagonizado por el héroe Breogán análogo al Alcides verdaguieriano, que tituló «O relembro do clan» [*El recuerdo del clan*] (1931), y otro inventado, que tituló primero «Colón» (1924) y luego «O fillo de Celt» [*El hijo de Celt*] al recogerlo, junto con el otro, en el libro *Camiños no tempo* [Caminos en el tiempo] (1949). Este último es una leyenda tan inventada como la de Costa i Llobera, pero su tema principal, la emigración del pueblo de Celt (celtas, como el nombre no disimula) a Galicia y su establecimiento allí se inscribe en la serie de leyendas migratorias racialistas de Hispania, que había iniciado Navarro Villoslada y que cerraría Xuriguera. Su propósito en ambos

poemas, sobre todo en el de Celt, era claramente el de reafirmar el celtismo gallego, poniendo el mito al servicio de la historia nacionalista. Su alta capacidad literaria le permitió culminar así muy dignamente la tradición de poesía arqueológica celtista que había hecho triunfar en Galicia Eduardo Pondal (1835-1917) gracias a los poemas de su libro *Queixumes dos pinos* [*Rumores de los pinos*] (1886). Estos poemas de Pondal no eran apenas épicos, pues eran mucho más líricos que narrativos, sin que faltara en ellos lo himnico. Además, no aprovechaban la materia céltica auténtica, sino la falsaria del Ossian de James Macpherson (1736-1796), a diferencia de Cabanillas. Entre este y Pondal, hubo otro poeta que podría considerarse una especie de puente entre los dos, Francisco Tettamancy (1854-1921). Su poema «Boicentril» [*Boicentril*]<sup>5</sup> recoge el bardismo pondaliano, con su elusión de lo narrativo, y anuncia el celtismo irlandés de Cabanillas, ya que Tettamancy publicó en 1912 aquel poema suyo en un volumen del mismo título que no solo incluía numerosas y extensas notas sobre los supuestos druidismo y celtismo gallegos, sino también sobre la epopeya irlandesa, algunas de cuyas leyendas publicó en aquel mismo libro, traducidas a la lengua vernácula. De esta manera, pretendió aportar una fundamentación científica a la historia de «Boicentril». Se trataba de la muerte tranquila del druida de ese nombre, rodeado de los suyos y venerado por su nación. Antes de que se produzca su deceso, el héroe tiene tiempo de dirigir un extenso discurso a los suyos, en el que canta las glorias de su pueblo, entonces en auge, pero también le profetiza la llegada de tiempos mucho peores, en los que se darán unas circunstancias de enfrentamiento internos y externos que incluso amenazarán la propia conciencia de su celtismo.

<sup>5</sup> La traducción se basa en el texto siguiente: Francisco Tettamancy, «Boicentril», *Boicentril. O druidismo e o celtismo gallegos. A Epopeya irlandesa* [sic!], A Cruña [sic!], Ferrer, 1912, pp. 9-18.

Al igual que en la parte profética de la leyenda también inventada «O régulo do Pico Sagro» [*El régulo del Pico Sacro*] (1885), de Francisco María de la Iglesia González (1827-1897), el agüero de Boicentril se refiere claramente a la época contemporánea del autor, que él tal vez no consideraba lo bastante ardorosa en su exaltación nacional-céltica. Para reafirmar esta, Tettamancy inventó esta leyenda protagonizada por un druida que había tomado prestado de la tradición romántica ultrapirenaica, pues los druidas apenas aparecen en las literaturas de la península ibérica. Se trata de una importación convencional, como la hecha por Pondal del bardo osiánico, a quien Tettamancy sigue en aquello que libra a

su «Boicentril» de ser una mera admonición didáctica versificada. Las escenas paisajísticas que abren y cierran ese poema generan una atmósfera poética perfectamente acorde con la situación luctuosa descrita. El crepúsculo y la noche de la naturaleza acompañan el propio ocaso del druida y anuncian simbólicamente la decadencia pronosticada, pero la profecía no es del todo pesimista. Es posible una reacción nacional, simbolizada por la mañana que despunta al morir el druida, una mañana que será un mañana sin las sabandijas de la noche. Entonces pervivirá el idilio agrario y pesquero que vincula poéticamente a los galaicos de entonces con los gallegos de hoy en esta curiosa leyenda arqueológica.

KARMELO ETXEGARAI

# LA LLEGADA DE AITOR O EL PRINCIPIO DE VASCONIA

*Traducción de Javier Pacios*

*Se sabe entre los vascos que nuestro progenitor de la Antigüedad, Aitor, fue quien pobló Vasconia. Aunque de forma resumida, vamos a explicar cómo y por qué medios se produjo la llegada de nuestro patriarca.*

Los *ancestros* o padres de Aitor descendieron de los montes de Ararat, entre los cuales se encumbra el de Gorbeya, donde encalló el arca *de Noé* después del diluvio. Desde aquellos montes, la llamada de su corazón les impulsó a repoblar la tierra de Occidente, y al pie del Cáucaso alzaron sus tiendas, a orillas de los ríos meridionales que llamaron iberos, o ríos calientes. Permanecieron allí luengos

años, felices y dichosos, pero llegó un tiempo en que, al ver el célebre Aitor que los vecinos celtas, codiciosos de sus rebaños más numerosos y sus pingües cosechas, cometían muchas depredaciones y fechorías, dijo a sus hijos y deudos:

—*Hijos queridos, no hay aquí sino guerra y discordia. Más dulce que todas las riquezas es la paz. Busquemos paz y dejemos las tierras fértiles y los vergeles. El paraíso del hombre no está en la tierra.*

Levantaron sus tiendas, abandonaron con pena sus templados ríos, y peregrinando por la costa del mar interior, llegaron a la Aquitania.

—¿Adónde van —preguntó el *amado Aitor*—, esas palomas que al entrar el invierno



cruzan estas llanuras? La paloma es símbolo de paz. Vamos a ver dónde se posan esas aves; donde ellas descansan, descansaremos nosotros; donde ellas duermen, anidará la ventura.

Y siguieron peregrinando: las aves que emigraban del Norte eran su guía. Una noche de plenilunio, *Aitor* alzó los ojos para contemplar el firmamento y quedó sorprendido con la plateada cima de los Pirineos.

—¡Adelante, muchachos! —exclamó—, *¡aurrera, mutillac!*<sup>1</sup> Tomemos posesión de estos montes, y no salgamos nunca de *los valles que aquellos rodean*. El hombre ha de vivir al lado de su tumba, y el sepulcro *que cubrirá los huesos* de *Aitor* serán los Pirineos.

Y los siete hijos, *en obediencia a su padre*, se repartieron entre sí la montaña occidental para vivir en torno de su padre, como *los pajarillos viven bajo el ala de su madre*. En los abrigos del monte dormían las palomas.

Pero los deudos del patriarca, a quienes *quedaban las tierras colindantes*, murmuraban:

—Las palomas duermen en estos rincones y se van. Nosotros hemos descansado y seguimos su camino. Vemos grandes planicies al sur, que deben de ser fértiles riberas: llegan aquí purísimas auras perfumadas. Vamos a beber el agua de esos ríos; vamos a probar la fruta de sus bosques olorosos; vamos a repartirnos el campo feraz del Mediodía.

—Dejadlos ir, hijos míos —repuso *Aitor*—, y no murmuréis de mi elección. ¿Queréis ser ricos para ser esclavos? Seguidlos; tendeos por la *florida* campiña. ¿Queréis ser libres, aunque olvidados *de todo el mundo*? Quedaos en la montaña.

Ninguno de sus hijos abandonó a su *querido* padre, el cual, en acción de gracias, adoró al Señor de lo alto en las alturas.

\*\*\*

*El limpio* firmamento *está* teñido de rojo. ¿Quién ha encendido esas inmensas hogueras en las faldas del Pirineo? Los metales de sus entrañas corren derretidos, como torrentes de nieve desatada. ¿Ha perecido, *acaso*, *la estirpe* de *Aitor*? ¿La ha castigado Jaungoicoa por haber abandonado las tiendas de sus *ancestros*? No, *sino* que el sabio patriarca ha dicho:

—*En esta tierra*, el suelo *está* virgen, y las selvas son impenetrables: *demos fuego a* los bosques de las riberas, y tendremos campos para el cultivo y praderas para el ganado.

Así terminó la peregrinación de *Aitor*: las cabañas sucedieron a las tiendas, *en las tierras antes baldías* las mieses alternaron con las frutas, los rebaños se multiplicaron. Yacía al fin moribundo *el feliz varón* en su pajizo lecho, y sus siete hijos le contemplaban en torno. El color del anciano era ya *tan blanco como* su lengua barba; pero su mirada, serena. El justo no teme la muerte.

—Hijos míos —exclamó—, las aguas han inundado la tierra, pero no han anegado sus crímenes; las islas se han hundido, pero *la mentira* ha sobrenadado. Mirad otra vez el mundo contaminado con la idolatría. Pero mis hijos no adorarán *de rodillas* la obra de sus manos. Creed en un solo Dios, y obedeced *siempre* a vuestros padres. El padre es legislador; fuera de casa, padres son los ancianos. Las riquezas que he traído, sepultadas quedan en las entrañas de la tierra. Os dejo *tan solo mi honrado nombre*, y las rocas por herencia, *para que seáis venturosos trabajándolas*. No seáis conquistadores, y no temáis ser conquistados.

*Al decir esto el afamado* *Aitor*, rindió su postrer aliento, *dejando atrás su tierra dividida en siete partes*.

<sup>1</sup> ¡Adelante, muchachos! (Nota del traductor).

**JOAN BAPTISTA XURIGUERA**

# LOS IBEROS

*Traducción de Mariano Martín Rodríguez*

Cuando el aire peinaba suave los olivos con frescas melodías, abriendo el amplio camino, y mecía los árboles, encinas y palmeras, los iberos llegaron al jardín más bello.

Cuando los pájaros cantaban el más dulce compás, bordando el espacio de formas y miríficos sonidos como latidos alegres del corazón de la naturaleza, los iberos se instalaron en el más rico de los mundos.

Cuando el oro del sol llenaba caminos de nueva vida y los hombres recorrían el Mar Interior en busca de un clima benigno y una tierra en flor, los iberos descubrieron la calma y la abundancia.

Cuando el agua fresca y clara de ríos y torrentes bajaba azul y pura como el color del cielo, y reían campos y bosques, bañándose en sus riberas, los iberos abrazaron el lucero más preciado.

Cuando llanos y montañas mostraban sus figuras como cuerpos de matronas durmiendo en abandono, llenando el espacio y plantas de los aromas más puros, los iberos admiraron el mágico horizonte.

Cuando el ancho mar bañaba la costa primitiva, mojando la arena muelle como polvillo de oro fino, o bien rompía la ola sobre la altiva roca, los iberos descansaron después de la larga marcha.

Venían de las lejanas tierras de África como pájaros que dejan atrás su nido; marchaban angustiados huyendo de sus cabañas, llevados por la esperanza que los guiaba y los sonreía.

Su paz laboriosa era demasiado tranquila. La tierra grande del Atlas era un vergel florido, los ríos llevaban agua bien fresca y abundante, y las altas montañas les enardecían el corazón.

En los árboles verdecía eterna primavera, los campos fructificaban con generoso ritmo, la savia que nutría la llanura risueña jugaba a fecundar con brazos de amante.

Las aves engalanaban, tejiendo la azul bóveda de cánticos de alegría y colores brillantes, y el aire se extendía del mar al llegar, como grandes rebaños de ovejas por todas las vertientes.

Sin embargo, la vida toda de repente languideció. La tierra que quemaba decidió su

suerte, y el aire se detenía y moría su país... El sol que da vida era la muerte para ellos.

Las nubes se alejaban, llevadas por la tristeza; los árboles se rajaban y caían tumbados; los campos no producían, roídos por la sequedad, y los ríos, perdida el agua, morían secos.

Al faltarles ramas verdes, las aves abandonaban el clima demasiado tórrido para sus pequeños corazones. Las rocas se partían, las sierras se desmenuzaban y los iberos se creyeron malditos.

Huyeron llenos de angustia, perdidos a la ventura; dejaron atrás parajes de dolor. Los dioses los olvidaban y les volvían insegura aquella nueva vida, de amargura tan llena.

Las lágrimas no hacían callar las voces sagradas; las tumbas de sus padres quedaron en el desierto; dentro de los hogares, las llamas, perdidas y olvidadas; el altar de la familia, un campo al raso.

Por donde fueran, les faltaría el aire; hijos de los atlantes como eran, huían de sus lugares. La raza que fue fuerte, ya no lo era tanto hoy, buscando la nueva tierra para plantar sus dioses.

Unos hacia la derecha dirigían sus pasos, fundiéndose con otras razas de los pueblos de oriente. Hacia las costas del norte caminaban otros y, los que quedaban, seguían la ruta de occidente.

Todos querían huir del gran desierto de arena. La casa antes florida estaba sembrada de sal. Ya no vivían en ella ni un hombre, ni una planta, ni un gusano. La tierra era una brasa y el sol, una fragua.

Septentrión gritaba como puerta medio abierta y el éxodo de los iberos seguía progresando. La parte más dura estaba casi completada y las Columnas de Hércules se alzaron delante.

De allí vino aquel pueblo que se pierde en la leyenda. Atravesó el estrecho marítimo

con troncos de árboles vaciados y penetró en Tartesia, y allí plantó la tienda, y los iberos descansaron, viéndose ya a salvo.

La tierra vieja se despertaba suave por doquier; se despabilaba el reino minoico en Creta, Menés unificaba el gran imperio de Egipto y Sargón, rey de Acad, creaba Caldea.

Bien pronto, los iberos, gente fuerte e ingeniosa, se pusieron de nuevo en marcha, abriéndose nuevos caminos. El miedo aún movía su alma angustiada y los llevaba, infatigables, a tierras más adentro.

Marchaban en grupos compactos; seguían el mar azul; el viento movía las castañas cabelleras, y el nuevo país les sonreía y les alegraba el corazón. La tierra se ofrecía como generoso regalo.

Los iberos se detuvieron al cabo de unas jornadas, como si naciese el día después de larga noche. Veían a lo lejos la niebla de las tristuras pasadas. Aquel territorio de calma sería el escogido.

Quedó ocupada toda la costa levantina; las tribus se rehicieron; el fuego volvió a arder. La mujer se embellecía con mantilla y peineta, y el ritmo de la vida recomenzaba.

Mostraron sus riquezas a los pueblos que encontraron: la oveja y la montaña haría el buen pastor y, trabajando la tierra, se hermanaron con ellos, haciendo rebrotar las plantas con el arte del labriego.

Por en medio de los poblados pasaba un río gigantesco como bravo corcel que baja corriendo por ancho prado. Iberia que nacía le daba gozosa el mismo nombre que llevaba, como hijo más querido.

La raza de aquellos hombres que fueron nuestros padres perdura en nuestras venas y mira al porvenir. Ellos son las fuentes que tienen las aguas más claras, son las raíces de un árbol que ya no puede fenecer.

FRANCISCO TETTAMANCY

# BOICENTRIL

*Traducción de Bruno Salgado*

## EL CREPÚSCULO

Comienza el sol a ponerse, veloz desfallece la tarde y el calor va menguando por la frescura de las brisas. Buscan refugio los pájaros porque va muriendo el día y, piando alegremente, en los árboles anidan felices. Mecen los pinares las caricias del viento suave y esparcen embriagadores perfumes que el viento aviva. Corre serpenteante el río y las aguas, que incesantes bullen con su rumor, evocan armonías delicadas. Se oye romper a lo lejos el mar en la costa bravía, llevando grata solemnidad a los valles y vegas vecinos. Ya los últimos rayos de sol brillan en los trigales, muy débilmente, quedándose triste la fecunda

campiña. Avanza la noche sosegada, las estrellas titilan y, de la luz de Luna, una resplandeciente claridad viene a la Tierra. Se adormece la comarca, sisean las culebras, cantan en las ciénagas las ranas y ya revolotea el murciélago. En el castro la soledad reina, la paz reina en las familias, el valle se encuentra en silencio, la noche... se iba alargando...

## EL DRUIDA

Ya no hay sosiego en la tienda del viejo druida: Boicentril, el sacerdote, se duele en su lecho. De cuando en cuando gimotea y delira por momentos; a veces su vista permanece

inmóvil y a veces se anima. Tan pronto se yergue del lecho, dando muestras de energía, en el lecho vuelve a caer, víctima del agotamiento.

—¡Voy a morir! —exclama—. Siento que se me escapa la vida, que mi misión en la Tierra camina hacia su fin, ya cercano. En estos supremos instantes, mi alma pide arrepentida que Endovélico me valga dándome una muerte tranquila...

Luego dice a sus familiares el gran deseo que tenía de hablar seguidamente a la tribu que lideraba:

—¡Rápido! Avisad a todos y que a la cita nadie falte: las horas se escapan arrebatadamente de esta mi vida...

## EL AGÜERO

Da la alerta el cuerno desde lo más alto de la cumbre del castro, turbando la calma allí reinante. En los valles y vegas se nota una infinita ansiedad: veloz, en lo alto del castro se arremolina la familia. Pronto rodean el lecho del venerable druidesas y druidas, guerreros, viejos y jóvenes. En seguida se percatan de lo crítico de la situación: todos se deshacen en lágrimas al ver en peligro la vida de su muy amado jefe, quien requiere la presencia de su grey bienquerida, a quien habla de esta forma:

—Os llamé —dice Boicentril— en estas horas precisas porque el cielo quiere que os dirija mis últimas palabras. Voy a dejar esta tierra de abundantes alegrías con las que los dioses quieren premiar a nuestra bendita raza; que los dones de los que disfrutáis y, en lugar de pleitos, las virtudes sepáis guardar y nunca olvidéis... Pero ¡ay, que, en estos momentos en los que se me va la vida, auguran un porvenir de tinieblas los malos hados...! Nuestra gallarda raza, por leyes de evolución, sufrirá incontables amarguras hasta finalmente caer vencida por

otras razas osadas de almas ruines, pero temidas, que harán de nuestros campos un pueblo de gente sometida; profanarán nuestras tumbas, que han de ser pasto de la rapiña de las gentes que nos sucedan por la maldita codicia. A la par que se suceden los siglos, se avivan luchas tras luchas sin tregua y la Muerte, siempre dispuesta, no carecerá de víctimas. En política jamás serán estables las ideas y, al mudar esa ciencia, se pervertirá la justicia, se irá perdiendo la fe y así en negocio se tornará la religión, de herejías infestada. Desarmonías sobradas, trifulcas interminables se verán en la patria amada con el pasar de los tiempos. Y, con mentir audaz, reñido con la hidalguía, ¡hasta se negará la influencia en Galicia de nuestra raza! Ante semejantes afrentas se me encrespa el corazón, pues es una afrenta que no merece esta raza de tan digna estirpe.

Calla el patriarca un momento, acaricia su larga barba, mira a todos dulcemente y suspira con amargura. Después sigue, con la voz debilitada por la fatiga, hablando a sus familiares, que tienen fija en él su atención:

—De la relación que os hago, según decía antes, tomad buena cuenta, pues los hados la auguran, como también auguraron antaño, en días mejores, aquellas luchas crueles de las que tenemos noticia, que acarrearán a nuestros hermanos irlandeses grandes desdichas, narradas en la Epopeya con precisa exactitud. Quisiera que mentira fuese lo que los hados auguran, mentira producto de la fiebre que me domina... pero, a ese respecto, recordad que, de cumplirse la profecía... ¡Me muero...!

... y la ola de la Muerte deja mudo al druida.

## EL CIELO ESTRELLADO

Comenzó a llenarse el cielo de estrellas, la aurora ya despunta y, poco a poco, alargándose,

en la carrera sigue el día. Ya no se oye romper el mar en la costa cercana, ni revolotea el murciélago ni sisea la culebra. Se despierta la comarca, las familias van a bregar, salen al pasto los rebaños, el valle recobra la alegría. Pero cuando el sol, ya en el cielo, brilla espléndido, lanzando sus rayos sobre la campiña fecunda; cuando los pinares se mecen con los tiernos besos de la brisa y en la arboleda los pájaros entonan alegres cantos; cuando los borbotones

del río susurran dulces armonías y la naturaleza, amorosa, prodiga sus dones a la tierra... la Muerte hace presa de Boicentril, rauda, dejando rígida la materia al espíritu dio nueva vida... cubriendo de luto el castro, cubriendo de luto la familia, y quedando así dictada la profecía que por boca del viejo druida auguraron los hados, legándola como ley eterna a las generaciones venideras.